

**Cuando Herman Melville publicó *Moby Dick*** (1851), en algún lugar del océano Ártico nacía una ballena boreal que 40 años más tarde sobreviviría a un arponazo en el lomo. Pero entonces aquella ballena era muy joven y el daño que le infligieron no fue suficiente para acabar con una vida que se prometía larga y poderosa. Sin embargo, a fines del último mes de mayo de 2007, la criatura ya centenaria fue abatida frente a las heladas costas de Alaska. Las agencias de noticias dedicaron sus titulares al arpón que extrajeron de sus costillares mientras la destazaban. A mí me gustaría –más bien– convertir estas líneas en un responso pagano por la última ballena que compartió los mismos mares que Moby Dick.

La punta del arpón encontrado en la vieja ballena boreal se exhibe ya en una de las vitrinas del New Bedford Whaling Museum de Massachusetts, otrora puerto ballenero próximo a Boston. Se trata de un venablo explosivo que se fabricaba en las factorías de New Bedford entre 1879 y 1885, y que al taladrar las carnes coriáceas de los cetáceos estallaba en varios fragmentos apenas pinchaba en hueso. Para que tal cosa fuera posible, aquellos arpones no podían ser lanzados con la simple fuerza de los brazos –como los descritos por Melville– sino por medio de cañones. Puedo imaginar la herida profunda de la ballena cicatrizándose a través de las décadas, gracias al yodo y la sal de los mares árticos. Puedo imaginar a esos rústicos pescadores del siglo XIX, maldiciéndola cada vez que reconocían el arpón clavado en su lomo, tal como el capitán Ahab blasfemaba en cuanto reconocía los suyos en el lomo erizado de Moby Dick.

Una ballena boreal adulta pesa unas 100 toneladas y puede llegar a medir entre 18 y 20 metros, y si no hubiera sido por el desdichado ejemplar cazado a fines de mayo, los científicos habrían seguido pensando que su expectativa de vida no pasaba de los 70 años. No obstante, la ballena del arpón acumulaba ella sola más de 140 años y se calcula que en libertad podría haber alcanzado incluso los 200. Pero ya es demasiado tarde para cábalas semejantes, pues una de las criaturas más viejas de nuestro planeta ha tenido que morir para que un museo de Massachusetts añada un arpón del siglo XIX a su inefable colección. He visitado la tienda virtual del New Bedford Whaling Museum, y dentro de poco podremos comprar on-line un pisapapeles del rejón explosivo en tamaño natural o su versión más dorada y reducida en formato pin.

Moby Dick –la ballena blanca de Herman Melville– estaba inspirada en un feroz cachalote albino que asoló las costas de Perú y Chile a principios del siglo XIX, y que fue perseguido por balleneros de varios países a través de los mares de Australia, Japón, Indonesia, Chile y Perú, antes de ser cazado en 1835. Según J.N. Reynolds, los marineros llamaron “Mocha Dick” a aquel monstruo de la naturaleza, y de su lomo –blanco como la lana– arrancaron más de 20 arpones de piedra, hueso, acero y marfil, procedentes de diferentes épocas y regiones del Pacífico (*Mocha Dick: Or The White Whale of the Pacific: A Leaf from a Manuscript Journal*, en *The Knickerbocker*, vol. 13, núm. 5, mayo de 1839). Si “Mocha Dick” fue la precursora de la gran ballena blanca de Melville, la centenaria ballena boreal que acaba de morir en Alaska es el último suspiro literario de Moby Dick.

Los cazadores y coleccionistas están fascinados con el hallazgo del arpón explosivo, esa reliquia del siglo XIX. Yo, que nunca llegaré a nada porque mi único tesoro son los libros y la melancolía, me arrasa la muerte blanca de esa ballena boreal sin aurora, una reliquia del mundo que perdimos. A diferencia del final de Moby Dick, ahora los huérfanos somos nosotros.

# la ballena de la muerte blanca.

la ballena de la muerte blanca